

The book cover features a vibrant, stylized floral pattern on a dark blue background. The pattern includes large, light blue flowers with yellow centers, dark blue flowers, and various green and yellow leaves and scrolls. A central yellow rectangular box with a red border contains the title and author's name.

**UN HOGAR
DIVIDIDO**

PEARL S. BUCK

Esta novela, que es la continuación de HIJOS, prosigue su argumento y completa la trilogía que empezó con LA BUENA TIERRA en la que Pearl S. Buck nos presenta la historia de la familia de Wang, el campesino. El conjunto de estas tres novelas integra una de las creaciones literarias más considerables de nuestros días. No es solamente la historia de Wang y de sus hijos, sino la historia contemporánea de un inmenso y misterioso país, y de la vida de un grupo humano cuyos perfiles mantienen la fuerza que le prestó una civilización milenaria y llena de interés para los occidentales. El misterio de la China, por tanto tiempo sin descifrar, comienza a ser reflejado ante la mirada del Occidente por la creación de esta eximia novelista norteamericana.

Desde los días cercanos en que la novela titulada LA BUENA TIERRA fue agraciada con el premio Pulitzer, traducida a varios idiomas y llevada a la pantalla en una excelente versión cinematográfica, el nombre de Pearl S. Buck quedó consagrado entre las primeras figuras de las letras contemporáneas. Más tarde, la concesión del Premio Nóbel de Literatura afianzó decisivamente aquella consagración.

Un hogar dividido es un excelente retrato de la China en medio de la Revolución. Wang Yuan se encuentra atrapado en las ideologías opuestas entre diferentes generaciones. Yuan, después de pasar seis años en el extranjero, vuelve a China, en medio del alzamiento de los campesinos. Su primo es capitán en el ejército revolucionario, su hermana ha escandalizado a la familia por su embarazo fuera del matrimonio, y su padre sigue aferrado a sus ideales tradicionales. A través de Yuan la paz volverá a la familia.

I

De este modo llegó Wang Yuan, hijo de Wang el Tigre, a la casa de tierra de su abuelo Wang Lung.

Wang Yuan tenía diecinueve años cuando fue desde el Sur al hogar de su padre, para reñir con él. Una noche de invierno, mientras la nieve azotaba los enrejados, siguiendo las intermitencias del viento Norte, el Tigre estaba solo, sentado en el vestíbulo, removiendo los tizones del brase-ro, distracción que le agradaba, y soñando como siempre con que su hijo volvería un día a la casa, hecho un hombre y dispuesto a ponerse a la cabeza de los ejércitos de su padre y conducirlo a las victorias que el Tigre había planeado, pero no había llegado a realizar porque los años le atrapa-ron antes de que pudiera hacerlo. Aquella noche, Wang Yuan, el hijo del Tigre, llegó a la casa cuando nadie lo espe-raba.

Se quedó de pie ante su padre, y el Tigre contempló a su hijo, que llevaba un uniforme desconocido para él. Era el uniforme de los revolucionarios, enemigos de todos los se-ñores de la guerra; el Tigre era uno de estos. Cuando se dio cuenta de lo que sucedía, el viejo salió de su ensueño y, levantándose de su sitio, se quedó mirando de hito en hito a su hijo, mientras que tanteaba buscando la fina y aguda espada que siempre llevaba consigo, dispuesto, al parecer, a matar a su hijo como hubiera matado a cualquiera de sus enemigos. Mas, por primera vez en su vida, el hijo del Tigre dejó ver el furor que en él había y que Jamás se había atre-vido a demostrar frente a su padre. Se abrió la guerrera

azul, mostrando el juvenil pecho, moreno y bruñido, y gritó con voz fuerte:

—Sabía que ibas a querer matarme. ¡Es tu antiguo y único remedio! Está bien: ¡mátame!

Pero aun mientras gritaba, el muchacho sabía que su padre no lo iba a matar. Vio cómo caía lentamente el brazo del padre y con él la espada; mirándole fijamente, el hijo vio que los labios le temblaban como si fuera a romper en llanto y que se llevaba a ellos la mano para mantenerlos quietos.

En aquel momento, cuando padre e hijo se miraban frente a frente, el viejo y fiel hombre del labio leporino, que había servido al Tigre desde que ambos eran jóvenes, entró con el usual vino caliente, destinado a tranquilizar al Tigre antes de que se fuera a dormir. No vio al muchacho. Sólo vio a su viejo amo, y cuando observó su agitado aspecto y aquella mirada débil y vaga, con la expresión de ira que se desvanecía, vertió el vino en la vasija y se apartó un poco, llorando. Entonces, Wang el Tigre se olvidó de su hijo, dejó caer la espada y, tomando con las dos manos temblorosas el tazón, lo llevó a su boca, bebiendo una y otra vez, en tanto que el fiel criado le servía más y más vino del jarro. Una y otra vez, el Tigre repetía:

—Más vino, más vino.

Y se olvidó también de sollozar.

El joven seguía de pie, mirándolos, mirando a los dos viejos, el uno infantilmente reconfortado con el vino después del golpe, y el otro escanciando sin cesar, mientras su repugnante cara se arrugaba de ternura. Eran solamente dos viejos, cuyas mentes, aun en aquel instante, estaban llenas con la idea del vino y de su confortamiento.

El joven se sintió olvidado. Su corazón, que había estado latiendo fuerte y ardientemente, se le tornó frío en el pecho, y un nudo en la garganta se le trocó de súbito en lágrimas. Pero no dejó salir estas lágrimas. No; algo de aquella fortaleza que había aprendido en la escuela de guerra le

servió en aquel instante. Se estrechó el cinturón que se había desatado, y, sin decir palabra, salió, encaminándose a un cuarto donde antaño, cuando era niño, solía sentarse a estudiar con su joven tutor, quien más tarde fue su capitán en la escuela de guerra. En la oscuridad del cuarto anduvo a tientas buscando la silla junto al escritorio, y allí se sentó, dejando lacio su cuerpo, tratando de hacer descansar su corazón.

Ahora comprendió que no había razones para haber sentido aquel temor apasionado que antaño sintió por su padre. Ni aquel apasionado miedo, ni tampoco aquel apasionado cariño que le había hecho olvidar, por culpa del viejo, a sus compañeros y su causa. Varias veces Wang Yuan pensó en su padre tal como lo acababa de ver, tal como aún permanecía en el vestíbulo, bebiendo vino. Le veía con nuevos ojos, y a duras penas podía pensar que el Tigre era su padre. Yuan había temido siempre a su padre; temido y amado, aunque siempre con una inevitable y secreta rebelión. Tenía miedo de las súbitas rabias y rugidos del Tigre y de la sutil manera con que sacaba su delgada y aguda espada, que llevaba siempre a mano. Cuando era un chiquillo solitario, Yuan despertaba con frecuencia en la noche llorando por haber soñado que algo había irritado a su padre, aunque no hubiera motivo para tales temores, ya que el Tigre no podía estar mucho tiempo enfadado con su hijo. Pero el chico le veía con frecuencia irritado, o aparentando enojo con los otros, pues el Tigre usaba su furia como un arma para regir a sus hombres; en las tinieblas de la noche, el chiquillo temblaba entre sus sábanas al recordar los redondos y brillantes ojos de su padre, y aquel temblor en los hirsutos y negros bigotes cuando se enfurecía. Había sido una broma entre los hombres del Tigre —un chiste no exento de miedo— decir: «Mejor es no tirarle de los bigotes al Tigre».

Pero, con todas sus furias, el Tigre amaba solamente a su hijo, y Yuan lo sabía. Lo sabía y lo temía, pues aquel cari-

ño era como una especie de furia también; un cariño tan denso y petulante, que caía pesadamente sobre el niño. Porque no había mujeres en la corte del Tigre para calmar los ardores de su corazón. Otros capitanes y guerreros, cuando descansan de las batallas y van envejeciendo, toman algunas mujeres para distraerse; pero Wang no. Ni siquiera visitaba a sus propias esposas. Una de ellas, la hija de un médico, que, siendo hija única, heredó gran cantidad de plata de su padre, vivía desde hacía años en una ciudad de la costa, con una sola hija también, la única que había dado al Tigre, y allá la educaba en una escuela extranjera. Para Yuan, su padre había sido desde entonces una mezcla de amor y de miedo, y esta mezcla pesaba como una mano oculta sobre él. Estaba como prisionero en ella, y su espíritu como encadenado por aquel terror y por el conocimiento del único y concentrado amor de su padre en él.

Esto hizo que el padre influyera en su vida, aunque el propio Tigre no lo supiese, en aquella hora dura y decisiva, la más fuerte que Yuan había conocido, cuando en la escuela de guerra del Sur sus camaradas, ante el capitán, se comprometieron a luchar por la gran causa. Apoderarse de cada puesto en el gobierno de su patria y quitar de en medio a los hombres débiles que los ocupaban entonces. Y hacer algo por el buen pueblo, que estaba a merced de los señores de la guerra y de los enemigos de fuera, y construir de nuevo una gran nación. En aquella hora, cuando cada uno de los jóvenes juró por su vida cumplir con este cometido, Yuan permaneció aparte, dominado por el cariño y el temor a su padre, que era uno de aquellos señores guerreros contra los que clamaban. Su corazón estaba junto a sus camaradas. Tenía en su mente los sufrimientos de aquellas buenas gentes a las que había decidido defender. Recordaba sus expresiones cuando veían el grano de sus siembras pisoteado por los caballos de los jinetes de su padre. Recordaba el indefenso gesto de odio y de terror en la cara de un anciano el día que, al pasar por una aldea, el Tigre

pidió —no sin cierta cortesía en los modales— una cantidad de alimentos y de plata para repartirlos entre sus hombres. Recordaba los cadáveres tendidos en los campos, y cuán poco preocupaban a su padre y a los soldados de este. Recordaba las inundaciones y las épocas de hambre, y el día en que el agua desbordaba un dique, y la muchedumbre de hombres y mujeres obligados a trabajar en la contención de estas aguas para la seguridad y tranquilidad del Tigre y de su precioso hijo. Sí, Yuan recordaba esta y otras cosas, y se odiaba a sí mismo por ser el hijo de uno de aquellos señores de la guerra. Incluso mientras estaba entre sus camaradas, se odiaba a sí mismo, y más cuando se apartó secretamente, por miedo a su padre, de la causa que le hubiera gustado servir.

Solo, en la oscuridad de su cuarto de niño, recordaba este sacrificio en aras de su padre y lo inútil que hasta ahora había sido el resultado. Hubiera querido no haberlo hecho, puesto que, por añadidura, su padre no lo comprendía ni valoraba. Por aquel viejo había dejado a la gente de su propia generación, a sus camaradas. ¿Y qué le importaba esto al Tigre? Yuan se sintió fracasado e incomprendido en su vida. De pronto, recordó las heridas y daños que había recibido de su padre; cómo el Tigre le había obligado a salir y contemplar los ejercicios guerreros de sus hombres, cuando él, niño, estaba leyendo un libro que le gustaba, y se veía constreñido a dejar aquella lectura; cómo su padre había matado a tiros a unos hombres que habían ido a implorarle que les diera comida. Recordando todas estas cosas que odiaba, Yuan murmuró con los dientes apretados: «Nunca me ha querido. Piensa que me quiere y que tiene en mí lo único grande de su vida, pero jamás me ha preguntado qué quería yo, y si lo ha hecho ha sido para negarse a complacerme en lo que yo le dijera que deseaba, de tal modo que siempre tuve que pensar antes de decirle lo que yo quería, y nunca he tenido verdadera libertad».

Y entonces pensó en sus compañeros, en cuánto debían despreciarle, cómo nunca participaría con ellos en la construcción de una patria grande. Y se dijo con rebeldía: «No querré volver a esa escuela de guerra. O él mismo me obligará a ir, o no iré a ninguna parte». Esta amargura y soledad se adueñaron de Yuan que sollozó fuertemente, apretando sus ojos en la oscuridad y murmurando como un niño enojado: «Por encima de todo lo que mi padre piensa o entiende, de todo lo que le importa, yo debí haber sido un revolucionario. Debí haber seguido a mi capitán. Ahora no tengo capitán... ¡Ahora no tengo ninguno!».

Y así, Yuan permaneció solitario en el cuarto, sintiéndose el más solo y dolorido de los hombres, y nadie fue hacia él. En todas las horas de la noche, ni siquiera un sirviente se le acercó para ver lo que hacía. Ninguno de ellos había dejado de darse cuenta de que Wang el Tigre estaba frenético contra su hijo, pues, mientras discutían, había ojos y oídos pegados a las rejas, y ahora ninguno se atrevía a merecer la rabia de su señor confortando al hijo. Era la primera vez que Yuan no recibía la atención de nadie, y esto le hacía sentirse más solo. Siguió sentado, y no trató de buscar una vela para alumbrarse ni de gritar llamando a ningún criado. Puso sus brazos sobre el escritorio, reclinó en ellos la cabeza y dejó que las olas de su melancolía salieran en llanto, sin descanso, sobre sus brazos, mientras quisieran salir. Pero al fin se quedó dormido. ¡Era tan joven y estaba tan cansado!

* * * *

Cuando despertó, amanecía. Levantó rápidamente la cabeza y miró en torno. Entonces recordó que había peleado con su padre, y toda la amargura volvió a él. Se levantó, dirigiéndose hacia la puerta que daba al patio, y miró al exterior. El patio estaba quieto, vacío y gris a la luz descolori-

da. Había amainado el viento, y la nieve que cayó durante la noche se iba fundiendo en la tierra. Junto al pórtico dormía un vigilante, acurrucado contra un rincón para guardarse del frío; el palo con que golpeaba a los ladrones yacía sobre las baldosas. Mirando al hombre, Yuan pensó cuán repugnante era su rostro dormido y lacio, con la quijada caída, mostrando los dientes mal acondicionados; empero, aquel hombre era bueno en el fondo, y le había acompañado amablemente en su niñez, cuando iba a comprar dulces, juguetes y otras cosas en las ferias callejeras. Mas, para él, el hombre parecía ahora solamente un ser repugnante y viejo, al que le importaba muy poco el dolor de su joven amo. Sí, Yuan se lo dijo a sí mismo; su vida, allí, había sido vacía, y sentía una súbita rebelión contra todo aquello. No era una nueva rebeldía. Era el estallar de la guerra secreta que —ahora se daba cuenta— había existido siempre entre su padre y él, una guerra que había ido creciendo sin que apenas se percatara de su existencia.

En los primeros días de su niñez, el tutor occidental de Yuan le había enseñado y adiestrado, hablándole de la revolución, de la nueva estructura de una nación, hasta que el corazón del niño era todo fuego con el sentimiento de aquellas grandes y hermosas palabras. Pero siempre sintió que el fuego se tornaba mortecino cuando el tutor bajaba la voz y le decía con tono más seguro:

—Y tú tendrás que emplear el ejército que algún día estará a tus órdenes, tendrás que emplearlo para la salvación de tu patria, pues ya no deben existir más señores de la guerra.

Completamente desconocidas eran para Wang el Tigre estas enseñanzas que su hijo recibía. Y el chico se empequeñecía bajo la mirada brillante de su joven maestro, escuchando su voz ardiente y sentía salir de su propio pecho una voz que no se atrevía a decir las palabras que brotaban claramente en su corazón: «Pero mi padre es uno de esos señores de la guerra». Esta fue la espina secretamente cla-

vada en su infancia, y nadie lo sabía. Espina que le hizo ser un niño grave y silencioso, siempre demasiado melancólico para su edad; porque, aunque amaba a su padre, pensaba que no podía estar orgulloso de él.

En el pálido amanecer que a la sazón contemplaba, Yuan sentía la fuerza de todos aquellos años de guerra consigo mismo. Hubiera querido huir, alejarse de aquella lucha interior, y de otra clase de guerra, de toda causa. Pero ¿adónde ir? Había estado tan guardado, tan ceñido por aquellas murallas y por el cariño de su padre, que no tenía ningún amigo, en ninguna parte, donde volver la mirada.

Entonces recordó el lugar más tranquilo que había visto en su vida, entre aquel polvo de combate y conversaciones guerreras que habían rodeado su infancia: la vieja casa de tierra en que antaño vivió su abuelo, Wang Lung, llamado el Campesino, hasta que se hizo rico, fundó su casa y se fue a la tierra donde le llamaron Wang el Rico. Pero la casa, hecha de adobes, aún permanecía al borde de una aldehuela; los otros tres lados se abrían frente a tranquilas campiñas. Junto a ella, Yuan recordó, estaban las tumbas de sus antepasados, la de Wang Lung y otros miembros de su familia. Yuan lo sabía porque, una o dos veces, cuando niño, había ido allí, en compañía de su padre, que iba a visitar a sus hermanos mayores, Wang el Terrateniente y Wang el Mercader, que vivían en la ciudad más cercana a la casa de tierra.

Ahora —Yuan se lo dijo a sí mismo— podría estar solo y tranquilo en la vieja casa, pues en ella no vivían sino unos colonos que allí había dejado su padre, desde que cierta mujer de rostro adusto se había ido para meterse a monja. La había visto una vez con dos niños de extraño aspecto: una tonta de pelo grisáceo, que murió, y el otro un jorobado, tercer hijo del mayor de sus tíos, que se hizo sacerdote. Recordó que aquella mujer le había parecido una monja incluso cuando la vio, pues volvía la cara para no mirar a los hombres y llevaba vestidos grises cruzados sobre el pecho,

aunque aún no se había afeitado la cabeza. Pero su rostro era el de una monja, pálido como una luna que se desvanece en el cielo, la piel delicada y tirante sobre sus huesos; parecía joven hasta que uno se acercaba y veía las arrugas finísimas que tenía en la cara.

Pero esta mujer ya no estaba allí. Solamente quedaban los dos viejos colonos. Allí pensaba irse.

Entonces Yuan volvió a entrar en su cuarto, satisfecho de saber dónde podía ir ahora y dispuesto a marchar en seguida. Mas era necesario quitarse antes aquel uniforme militar que odiaba; abriendo una maleta de piel de cerdo, buscó unas vestiduras que en otros tiempos usó, encontrando un traje de piel de oveja, unos zapatos y ropa blanca interior, y se los puso apresurada y alegremente. Y fue a buscar, en silencio, su caballo, que estaba en el patio. Pasó junto a un guardia, cuya cabeza descansaba sobre el fusil. Salió, dejando atrás los pórticos, y picó espuelas a su caballo.

* * * *

Cabalgó Yuan por las calles, saliendo luego a unas alamedas y por fin al campo abierto; y vio cómo el sol salía soñoliento, entre un resplandor más allá de las distantes colinas, asomando de pronto por encima de los altozanos, con un noble color rojo claro, en el aire frío de la mañana invernal. Era aquello tan hermoso, que, antes de que lo sospechara, Yuan sintió disipados sus dolores, y en un momento se dio cuenta de que tenía hambre. Se detuvo ante una casa, de cuya puerta salió un olorcillo apetitoso; allí se sirvió unas gachas de arroz caliente, pan de trigo rociado con *ajonjolí*^[1], un trozo de mojava^[2] y una taza de oscuro té. Cuando se lo hubo comido todo, bebido el té, enjuagado la boca y pagado al soñoliento encargado del albergue — que le lavó la cara y arregló el peinado entretanto—, Yuan

volvió a cabalgar. Ahora, el alto y luciente sol brillaba en los cortos y ateridos trigales y en los aún húmedos techos de las casas aldeanas.

Como era todavía joven, aquella mañana sintió repentinamente que en ninguna vida, ni aun en la suya, podía ser todo malo. Saltóle el corazón en el pecho, y recordó largo rato, mientras cabalgaba mirando los campos, que él había dicho siempre que quería vivir donde hubiera campiñas y árboles, donde hubiera agua que ver y oír; y entonces se dijo: «Tal vez sea esto lo que debo hacer ahora. Debo hacer lo que me place, sin que nadie se preocupe de mí». Y cuando sintió que esta nueva y menuda esperanza brotaba en su pensamiento, comenzaron a brotar palabras de su mente, y antes de que se diera cuenta rompieron en versos, y así olvidó sus tribulaciones.

Pues Yuan, en aquellos años de su juventud, encontró en él una facultad para construir versos; breves, delicados versos que escribía en los dorsos de los abanicos y en las blanqueadas paredes de los cuartos donde vivía, por dondequiera que fuese. Su maestro se había reído siempre de estos versos, porque Yuan escribía sobre cosas tenues, como hojas cayendo sobre aguas otoñales, o sauces de limpio verdor junto a un estanque, o acerca de los *albérchigos*^[3] floridos, rosados entre las neblinas blancas de la primavera, o sobre los nutridos surcos de la tierra recién arada, y otros dulces motivos semejantes. Nunca escribió sobre la guerra y la gloria, como era de esperar en el hijo de un caudillo; y cuando sus camaradas pidieron que escribiera un himno de la revolución, pasó grandes apuros al llevarlo a cabo, pues hablaba de muerte más que de victoria; y se sintió decepcionado al ver que su canción no gustó a sus compañeros. Murmuró:

—A pesar de todo, las rimas están bien.

Y no trató de complacerlos de nuevo, pues era obstinado y tozudo en su interior, a pesar de su aparente docilidad. Desde entonces se guardó los versos para él mismo.

Ahora, por vez primera en su vida, Yuan estaba solo y no dependía de nadie. Esto era maravilloso para él, tanto más cuanto que iba a caballo por aquella tierra que tanto quería. Antes de que lo supiera, el caudal de su melancolía se atenuó. Su juventud triunfó en él, sintió su cuerpo fresco y fuerte, frío y limpio el aire que le penetraba por las narices; pronto se olvidó de todo, excepto de la magia de un versillo que le estaba danzando en la mente. No trató de apresurarlo. Miró las desnudas colinas, que ascendían claras, arenosas y agudas contra un cielo límpido y azul, y esperó a que su verso surgiera tan claro como ellas, tan perfecto como el perfil de una colina contra un cielo sin mancha.

Así pasó aquel dulce y solitario día, suavizando al pasar todas las asperezas, y le hizo olvidar el amor y el miedo, a los compañeros y las guerras. Al llegar la noche durmió en una posada campesina, a cargo de un viejo solitario, cuya segunda mujer no era lo bastante joven para encontrar aburrida la existencia junto a su anciano marido.

Yuan era el único huésped aquella noche. La pareja le atendió a pedir de boca, y la mujer le dio unas rebanadas de pan con trozos de apetitosa carne de cerdo, muy bien sazonada. Cuando Yuan comió y tomó el té, se fue a la cama y se tendió, sintiendo un grato descanso. Antes de dormirse tornaron a su memoria unos cuantos momentos de la disputa con su padre, pero también olvidó esto, pues antes de que el sol se pusiera aquel día había surgido claramente un verso, tal como lo soñó, según su deseo: cuatro líneas perfectas, cada palabra un cristal. Y se durmió contento.

Después de tres días libres como aquel, cada uno mejor que la víspera, llenos de luz de sol invernal, como un polvillo cristalino sobre collados y valles, Yuan llegó a caballo, lavado de sus pesares y en cierto modo lleno de esperanzas, al solar de sus abuelos. En la alta mañana corrió por callejuelas aldeanas y vio las casas de adobe techadas con bálago. En la calle estaban los campesinos y sus mujeres e hi-

jos, de pie junto a las puertas, o sentados en cuclillas y comiendo arroz y pan. A Yuan le parecieron todos buenas personas, y se sintió amigo de ellos, bien acogido. Muchas veces había oído a su capitán hablar de la causa del pueblo. Allí estaba el pueblo.

Pero ellos miraban a Yuan dudosamente y con cierta temerosa admiración, pues lo cierto era que, aunque Yuan odiara la guerra y los medios guerreros, todavía, aunque él mismo no lo creyera, tenía aspecto de soldado. Fuera como fuese su corazón, el Tigre había hecho crecer aquel cuerpo alto y fuerte; a caballo, Yuan iba como un general y no como suelen ir los granjeros y los campesinos.

Así, aquella gente miraba a Yuan con recelo, no sabiendo quién era y siempre temerosa al ver a un extraño y observar sus actitudes. Los numerosos chicos de la aldea, con sus pedazos de pan apretados en las manos, corrieron tras él para ver dónde iba. Cuando llegó a la casa de tierra, formaron un círculo en derredor suyo, mirándole embobados, mordisqueando sus pedazos de pan, empujándose unos a otros de vez en cuando, sorbiendo mientras miraban. Cuando estuvieron hartos de mirar, corrieron uno a uno a contar a sus padres que el joven alto y moreno había desmontado ante la casa de Wang, que había amarrado su caballo a un sauce y entrado en la casa, pero que cuando iba a entrar tuvo que agacharse, porque era tan alto que no cabía por la puerta. Yuan oyó a los chicos contando esto a voces por la calle, pero no le importó. Empero, los mayores se sintieron más recelosos respecto al recién llegado después de oír a los chicuelos, y nadie se acercó a la casa de Wang temiendo que algo malo fuera a ocurrirles con la llegada del mozo alto y cetrino, que era un extraño para ellos.

Yuan entró como un extraño en aquella casa de sus antecesores que vivieron en la tierra. Entró en el zaguán y allí esperó. Los habitantes oyeron el ruido de su entrada, llegaron desde la cocina, y cuando le vieron, no supieron quién

era y tuvieron miedo de él. Al notar este miedo, Yuan sonrió ligeramente y dijo:

—No tenéis por qué sentir temor de mí. Soy hijo de Wang el General, llamado el Tigre, que es el tercer hijo de mi abuelo Wang Lung, que antaño vivió en esta casa.

Dijo esto para tranquilizar a la pareja de viejos y para demostrarles su derecho a estar allí, pero ellos no se sintieron más seguros. Se miraban mutuamente con gran consternación, y los bocados de pan que habían empezado a masticar se colaron enteros y secos por sus gaxnates, doliéndoles como si fueran piedras. La vieja puso sobre una mesa el pan que llevaba en la mano y se limpió la boca con los dedos, mientras el viejo dejaba quietas sus mandíbulas, se adelantaba un poco, inclinaba la cabeza saludando y decía, tratando de que bajase el pan que se había tragado:

—Honorable señor, ¿en qué podemos servirlos y qué queréis de nosotros?

Entonces, Yuan se sentó en un banco, sonrió de nuevo, movió la cabeza y contestó con tranquilidad, pues había oído cuán necesario era no atemorizar a aquella gente:

—No quiero nada, sino quedarme en esta casa de mis padres, quizás a vivir para siempre. No sé nada, excepto que siempre he sentido una extraña atracción por los árboles, los campos y el agua; no conozco nada de la vida campesina. Pero sucede que ahora quiero apartarme, y voy a ocultarme aquí.

Dijo esto también para tranquilizarlos, pero tampoco los tranquilizó. Volvieron a mirarse desazonados; el viejo dejó su trozo de pan y dijo seriamente, con ansiedad en su arrugado rostro y temblor en los escasos y blancos pelos de su barba:

—Señor, este es un mal lugar para ocultarse. Vuestra casa y vuestro nombre son conocidos por doquiera. Perdonadme, señor, que sea un hombre rudo que no sabe siquiera hablaros como es debido, pero vuestro honrado padre no es muy querido porque es un guerrero; y los tíos tampo-